

Miscelánea martiana

I. Una casa hecha para los otros, para todos

En los años 50, María Zambrano vivía su exilio en Cuba. Los poetas Finá García Marruz y Cintio Vitier le hacen llegar los *Diarios* de José Martí, escritos en el año 1895, cuando como combatiente lucha por la independencia cubana. María Zambrano los lee apasionadamente. A la belleza de ese castellano de campaña, tan preciso y conceptual como colorista, sensual y lírico, se une el descubrimiento de un ser humano agónico y al tiempo revolucionario, cuya eticidad deslumbra a la discípula de Ortega. Y María Zambrano escribe:

La existencia misma del Diario, su tono y una específica calidad como de misterioso temblor del alma ante las cosas que parecen herirle, hace que sea un testimonio de los más preciosos y raros que un hombre puede dejar; más que un testamento, cosa del pensar; un itinerario de su morir, cosa del ser. No dudaba del triunfo de la causa a que se había entregado; la sabía cierta, inevitablemente cierta, más allá de los combates que faltaban por dar, cierta en virtud de la necesidad histórica, la sabía cierta quizá porque había cumplido...

Nacido poeta, tuvo que ser hombre de acción... Es la forma de ser habitante del planeta, de vivir un destino humano sobre la tierra. Y esto para dejar una Casa hecha para los otros, para todos.

María Zambrano penetraba en la esencia de Martí: su vida, su obra, fue una cuerda tendida desde su tiempo hacia el futuro, un sendero andado para que las huellas en él marcadas permanecieran para siempre.

El 26 de agosto de 1893 publicaba en su diario *Patria*:

Sí: para ellos: para los que llevan en su corazón desamparado el agua del desierto y la sal de la vida: para los que la sacan con sus manos a la tierra (en sustento del país) y le estancan el paso con su sangre al invasor que se lo viola: para los desvalidos que cargan en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la

abundancia común y de la libertad real: para desatar a América y desuncir al hombre. Para que el pobre, en la plenitud de sus derechos, no llame, con el machete enojado, a las puertas de los desdeñosos que se lo nieguen: para que la tierra, renovada desde la raíz, dé al mundo el cuadro de una patria sana, aleguen la equidad verdadera regida conforme a su naturaleza y composición, y en la justicia y el trabajo fácil desahogada y dichosa: para llamar a todos los cráneos y hacer brotar de ellos la corona de luz.

Martí, en su vida, es el hombre que lucha contra el tiempo, contra el mito, incluso contra el destino, como muchos de los personajes quijotescos de nuestra literatura. Su «Ismael» eso significa: fuerte contra el destino. La cruz y el cáliz como viacrucis y destino final: el poeta y combatiente es el pensador y hombre redentor: de él, con todos y para el bien de todos.

Sudaba muerte —siempre la muerte presentida, asumida, fue su almohada—. En la campaña liberadora, se erguía en Dos Ríos la cruz donde consumaría su sacrificio y, consciente del mismo y del sentido y significado de su misión, de la trascendencia que siempre buscó imprimirle —esa casa hecha para los demás, ya que en sus exilios él nunca tuvo albergues propios—, escribe a su gran amigo, el mexicano Manuel Mercado:

Yo estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—, de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.

Y, por no insistir más en este punto, otro breve escrito, fragmento de la carta que el 15 de mayo de 1894 dirige a su madre:

... esta pasión mía del recogimiento, cada vez más terca y ansiosa... Ahora voy al Cayo, por unos cuantos días y de allí sigo mi labor... sin una mancha de ambición, de intriga o de odio... Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él, para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible... La muerte o el aislamiento será mi único premio.

Su premonición, afortunadamente, sólo tuvo un valor temporal, pues la obra literaria y la altura ética de José Martí están, cien años después, más vivas que nunca, encerradas en otro de sus mensajes: «moriré dando luz». La influencia de los textos bíblicos, de los clásicos castellanos, se deja sentir en su lenguaje: seguir los caminos de su vida supone ver hasta qué punto obra y existencia estaban unidas, fusionadas.

II. Una vida en dos exilios

Cerca de la muralla de la vieja Habana que al puerto se asoma, en una casa sin luz de la calle Paula, número 41, nace José Martí, el 28 de enero

de 1853. Es hijo de españoles: el valenciano Mariano Martí, sargento primero de infantería, y la tinerfeña Leonor Pérez. Con cuatro años de edad realiza su primer viaje a España, a Valencia. Por poco tiempo: en junio del 59 regresa la familia a La Habana. De sus estudios, destaca un maestro, amigo, protector: Rafael María de Mendive. Cuando Martí cumple los doce años, le recuerda vestido de dril blanco, impartiendo clases de historia, o leyendo el periódico, tal vez escribiendo poemas independentistas. Y escribirá sobre él:

... a solas, en los largos paseos del colgadizo, cuando, callada la casa, de la luz de la noche y el ruido de las hojas fabricaba su verso; o cuando, hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón y le temblaba la barba.

Falta el dinero en la casa de Martí. Entra éste a trabajar en una bodega. Mientras lleva los libros de cuentas, comienza a escribir en papel de estraza sus primeros poemas. Pero no va a tener tiempo de crecer a la risa, al juego. Martí inicia muy pronto sus cárceles: del alma y del cuerpo, de la soledad y del exilio.

En 1869, cuando Martí contaba dieciséis años de edad, publicaba sus primeros trabajos políticos en *El Diablo Cojuelo* y el drama patriótico «Abdala» en *La Patria Libre*. Y el 21 de octubre, acusado de infidencia, ingresa en la cárcel de La Habana. El texto de la carta que él y su compañero Fermín Valdés dirigen al condiscípulo Carlos de Castro y Castro, que se había alistado en el ejército español, es el siguiente:

Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la Antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta.

Pelado al rape, con ropa de presidiario. A la pierna derecha han fijado un grillete que se une a la cadena que rodea su cintura. Diariamente, antes del amanecer, es conducido hasta la cantera La Criolla, camino de la Chorrera, con sus compañeros de cárcel: permanece doce horas bajo el sol, trabajando. Algunos penados mueren, despeñados, suicidándose. A la música de las cadenas y grilletes arrastrados, se une la de las voces y gritos de los capataces, la de las fugaces lluvias torrenciales. Martí contaba diecisiete años de edad. Relataría un año después, en «El presidio político en Cuba»:

Dante no estuvo en presidio. Si hubiese sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento de la vida, hubiese desistido de pintar su infierno... Sufrir es quizá gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera. Yo no soy aquí más que una gota de sangre caliente en un montón de sangre coagulada.

Al fin se le conmutaría el presidio por la deportación en Isla de Pinos, y el 12 de diciembre de 1870, por el exilio hacia España.

Nos hemos detenido, brevemente, en estos años. Le marcarán de por vida. Cádiz, Madrid, Zaragoza; estudios de Derecho y Filosofía y Letras; visitas a museos, bibliotecas, teatros; tertulias en cervecerías; conversaciones con políticos; entusiasmos ante la proclamación de la república; polémicas con la prensa sobre la cuestión cubana; algunos mítines. Imágenes que va fijando en su memoria para luego, en sus crónicas de los años 80 en Nueva York, desarrollar en diversos periódicos de las Américas. Porque Martí, el cubano que lucharía de por vida contra el colonialismo español, era al tiempo heredero de la cultura y la revolución españolas. Si él escribió en su célebre «Manifiesto de Montecristi», 25 de enero de 1895: «... la guerra no es contra el español, que en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá gozar respetado y aún amado de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino», Juan Ramón Jiménez le definirá medio siglo más tarde: «Martí era hermano de los españoles contrarios a esa España contraria a Martí».

Enamorado de la literatura, el teatro, la pintura españoles, escribió un bellissimo trabajo sobre Goya, y de Quevedo dijo: «Ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos con su lenguaje hablamos».

En Madrid publicó sus opúsculos «El presidio político en Cuba» y «La República española ante la revolución cubana», además del poema «A mis hermanos muertos el 27 de noviembre». Se enamoró en Zaragoza. Escribió su drama «*Adúltera*». Inició sus enfermedades físicas, compañeras siempre de las angustias morales. Y al fin marchó a México. Iniciaría sus exilios por las Américas: de México a Guatemala —tras contraer matrimonio con Carmen Zayas y haber pasado una corta estancia en La Habana. Vio morir a la dulce niña de Guatemala. Su espíritu crítico, antidogmático, nunca aceptaría depender de caudillos o dictadores: por eso encadenaba sus exilios a sus esfuerzos por liberar la conciencia de los habitantes de los pueblos en que trabajaba. En círculos intelectuales y progresistas, hablaba, escribía, organizaba, no tardando en entrar en conflicto con las fuerzas vivas y gobernantes de dichos países. Como escribió a Manuel Mercado:

Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos.

Entre septiembre de 1878 y septiembre de 1879 viviría en Cuba. El 17 de septiembre de este último año sería detenido y cuatro días más tarde saldría deportado para España. Poco tiempo. Antes de embarcarse en Inglaterra para Nueva York, destino que sería definitivo hasta el año de su muerte, se detendría en París. El 18 de diciembre conocería a Sarah Bernhardt:

Sarah es flexible, fina, esbelta. Cuando no está sacudida por el demonio de la tragedia, su cuerpo está lleno de gracia y abandono: cuando el demonio se apodera de él, está lleno de fuerza y de nobleza. Su cara, aunque femenina, respira una bella fiebre: aunque bien parecida, no lleva impresa la belleza, sino la resolución.

Año de 1880: Nueva York. Año de 1895: desembarco y muerte en Cuba. Quince largos años de estancia en Estados Unidos, con el paréntesis de algunos pequeños viajes: Venezuela, Costa Rica, México, Jamaica, República Dominicana... Trabajos intensos: como periodista, traductor, fundador del partido revolucionario cubano. Soledades inmensas. Tragedias íntimas. Dudas morales, éticas, sobre la propia acción que impulsa junto a los generales Gómez y Maceo por liberar su patria. En Martí siempre está presente el futuro. Y la libertad. No la suya, la de los demás. La de quienes incluso piensan de forma diferente a él. Tuvo intención de escribir un libro titulado *Concepto de la vida*. Aunque no realizara el proyecto, en sus numerosos escritos dejó impreso el concepto que, hasta el sacrificio personal, tuvo de la vida: siempre al servicio de los demás.

Escribe a Viondi en 1880:

... esa vida falsa que las convenciones humanas ponen enfrente de nuestra verdadera naturaleza, torciéndola y afeándola... Ud. Viondi sabe que, por imaginativo y exaltable que yo sea, he sufrido y penado bastante para que en mi corazón no quepa gozo que mi razón no crea justo. Lo imposible es posible. Los locos somos cuerdos. Aunque yo, amigo mío, no cobijaré mi casa con las armas del árbol que siembro.

Su mujer regresa, con el hijo, a Cuba. Temores del alma, heridas del cuerpo, le llevan a escribir sus terribles *Versos libres* —escritos más con sangre que con tinta—, sus hermosos *Versos sencillos*. Y al tiempo, va fijando una crónica diaria, profunda, exacta, musical, de orfebre, sobre la forma en que viven, crecen, se desarrollan los Estados Unidos de América: su pujanza, sus contradicciones terribles, sus avances técnicos y científicos, sus miserias morales, su condición avasalladora, sus grandes hombres, estadistas, escritores: el latir de un mundo que quedaría reflejado para siempre como una de las más apasionantes y bellas crónicas de las postrimerías del siglo XIX escritas y publicadas en el mundo. Lezama Lima dijo de ellas:

Sus crónicas enviadas a *La Nación* de Buenos Aires, en las que describe los más importantes sucesos de esa época en los Estados Unidos, ofrecen la culminación de su estilo... Sin duda, es el más grande creador que hemos tenido, es también el poeta de obra más honda y bella, más eterna.

Y Rubén Darío:

Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten, los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real.

Decíamos: junto a la labor literaria, creadora, la política, liberadora. Pero la acción siempre supeditada a la idea. Y la libertad no es sólo política: fundamentalmente moral. En todo momento, y especialmente desde su carta del 20 de octubre de 1884 a Máximo Gómez, hasta las últimas páginas del *Diario de Campaña*, en mayo de 1895, una misma concepción ética y revolucionaria.

Escribe en el 84:

Hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Ud. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente; y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigarse, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo. Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento... ¿Qué somos, General, los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él?... Tal como es admirable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de poder, aunque por ellas exponga la vida.

Fue el 5 de mayo de 1895 cuando tuvo un fuerte enfrentamiento en el ingenio La Mejorana con los generales Maceo y Gómez. Su concepción antimilitarista de la revolución queda reflejada en el siguiente fragmento del *Diario*:

... Y me habla, cortándome las palabras, como si fuera yo la continuación del gobierno leguleyo y su representante... En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón —vuélvese al asunto: me hiere y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo con que se me intenta marcar, de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo rudo: el ejército libre, y el país, como país y con toda su dignidad representado.

Desgraciadamente, las páginas 28, 29, 30 y 31 de su manuscrito fueron destruidas. Y él ya no tuvo tiempo de rehacerlas. Moría el domingo, 19 de mayo, con 42 años de edad. Moría como premonitoriamente había escrito en sus *Versos sencillos*:

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
A morir como un traidor:
¡Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol!

Nuestro mundo es un mundo de desterrados. Martí es el paradigma de ellos. Su exilio es doble: físico y moral. Pierde la tierra por no poder vivir bajo el colonialismo: pierde la mujer, el hijo, porque no comprenden su ansia libertadora, su pasión por la justicia y el compromiso ético: pierde amigos, incluso compañeros de lucha, porque no acepta otra revolución que la puesta al servicio de la colectividad, la que se realiza no en beneficio propio, sino en el bien de todos.

Sus angustias y soledades en Nueva York, en un mundo que cada vez le era más hostil, y que sólo compensará el amor de Carmen Mirayes y de su hija María, que le salvaron tal vez de la desesperación absoluta, pueden seguirse en sus cartas y sobre todo en sus *Versos libres*, menos conocidos pero para mí más conseguidos, hermosos, que el resto de su obra poética. Al tiempo, se desgarraba con encargos —una novela, traducciones— que laceraban su libertad creadora pero le permitían contribuir al sustento de su familia: otro desgarró, el apartamiento de sus padres, la queja de éstos, agobiados económicamente y con el añadido moral de haber perdido el apoyo de su único hijo varón.

Cuando, en su juventud, Martí estuvo deportado en Isla de Pinos, se sumergió en la lectura de la Biblia. También leyó textos de o sobre Buda, a otros pensadores y místicos, cristianos o filósofos de la razón, que intentaron influir con sus ideas en la regeneración moral de sus pueblos. Y los escritos de Martí reflejan la cólera de Isaías o la pasión de San Juan de la Cruz: son un espejo que trasluce la tensión de su espíritu y la ansiedad de su vida agónica. Ya el retrato de sus once años nos muestra un rostro apasionado, casi místico, que en sus sucesivas versiones, según transcurrían los años, continúa reflejando la soledad y la entrega, lo que muchos han denominado caridad martiana: sus palabras mejor que nadie lo definen:

Que yo voy muerto, es claro: a nadie importa. Y ni siquiera a mí, pero por bella, ígnea, varia, inmortal, amo la vida. Lo que me duele no es vivir; me duele vivir sin hacer bien. Mis penas amo. Mis penas, mis escudos de nobleza. No a la próspera vida haré culpable.

Y a su madre, 1892:

... la muerte no me mata, caí unos días cuando la infamia fue muy grande, pero me levanté.

Y el 25 de marzo del 95, en la última carta que escribió a su madre:

... Ud. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida... El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre... Crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza... Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Ud. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

Exilio, soledad, dudas, esperanzas mordidas por las angustias de quienes —piensa, como ya en el 84 escribe a Mercado— pretenden hacer de la guerra una empresa propia. Lucha, se entrega hasta el límite por la causa de la revolución independentista, pero teme ser cómplice de su posterior envejecimiento. Y el 11 de febrero de 1892 escribe a Mercado, penúltima de las cartas que le dirige:

Sólo le diré que he estado, con el alma a rastras, de organización patriótica, y de la cama a la tribuna —de viajes de evangelista—, de enfermedad larga y grave, de polémica y de desafío. Alguna vez le he escrito que cuando no tenga fuerzas para mí, las tengo para mi patria.

Algunos, interesadamente, intentan simplificar a Martí, fragmentarle para servir a sus propios y espúreos intereses. Y esto no es posible, esto es traicionarle, crucificarle de nuevo. Porque Martí era tan antiimperialista como anticaudillista, tan humano como solidario. Siempre en su concepto de la redención —el Cristo sufriente y humillado del que habló en su trabajo «Castillo», cuando contaba dieciocho años de edad—, tan necesario para dar ejemplo e impedir que a los viejos tiranos sucedieran los nuevos tiranos, aunque en nombre de la libertad hablaran, y a la independencia de Cuba de España sucediera la dependencia de Cuba de los Estados Unidos.

Porque a Martí pueden aplicársele las palabras escritas por Nietzsche: «Todo lo que no me mata me da fuerzas».

Martí era al fin el hombre que, en una obra que escribe para los niños de América, *La Edad de Oro*, clarifica su pensamiento de una forma que no admite tergiversaciones:

Un hombre que se conforma con obedecer leyes injustas, y permite que le pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado... En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro como la de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana.

La obra

Poesía. Artículos. Cartas. Discursos. Un diario y una novela, ésta de menor interés. Una obra que no es sino prolongación de una vida. Leyéndola, parecemos escucharle. Si la escucháramos, pondríamos en verso aquella fluida, torrencial, espléndida oratoria.

Martí ha sido definido como modernista, precursor del modernismo. También abre vías al barroquismo. Su lenguaje nunca podrá ser considerado, sin

embargo, meramente esteticista. El lenguaje martiano es como su discurso político: conflicto del hombre consigo mismo y con la sociedad en que vive y crea, incluso con la propia lengua en que escribe. Dice Martí: «Tal como anda el castellano, es lengua fofa y tímida; y cuando se la quiere hacer pensar, sale áspero y confuso como odre resquebrajado por la fuerza del vino.» Y en otra ocasión: «No será escritor... sino aquel que refleje en sí las condiciones múltiples y confusas de esta época... No hay letras, que son expresión, hasta que no haya esencia que expresar en ellas. No habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica.» Y define: «El lenguaje ha de ser matemático, geométrico, escultórico. La idea ha de encajar exactamente en la frase sin quitar eso mismo de la idea.» No: nunca —salvo en determinadas obras menores que él mismo rechazaba— encontraremos en sus trabajos poético-políticos la vaciedad lírico-novelesca. En España, reconocieron fundamentalmente esa belleza y profundidad hombres como Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Gaos, Federico de Onís, Fernando de los Ríos, Ricardo Gullón, y en Hispanoamérica, aparte de Darío —tal vez el primero en dar a Martí lo que Martí fue— o Sarmiento, fue Gabriela Mistral una de sus más entusiastas admiradoras.

Darío escribió:

Hoy ese hombre es famoso, triunfa, expande, porque escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o América. Porque su pluma es rica y soberbia; porque cada frase suya, si no es de hierro es de oro, o huele a rosas, o es llamada... porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta o cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano o una lámina de plata o un estampido.

Y Gabriela Mistral:

En Martí no fatiga el período a fuerza de estar vivo de cabeza a pies... El vocabulario martiano no será nunca extravagante, pirotécnico ni snob, pero será novedoso hasta volverse inconfundible... Es un divulgador de ideas, pero como la savia le alcanza, él las echará a rodar en torrentes de símiles... No sabemos bien si su escritura es su vida puesta en renglones o si su vida es su escritura enderezada. Hemisferios de agradecimiento son para mí la literatura y la vida de José Martí.

Cromatismo. Musicalidad. Exuberancia. Fusión de la tradición con el lenguaje nuevo, de literatura y ciencia, de pasado y nuevo mundo a edificar. Forma y contenido fundiéndose para que el lenguaje golpee la conciencia y al tiempo estremezca la sensibilidad. Sueño contenido por la razón, alentado por ella para vivificarlo.

Iván Schulman, que junto a su maestro Manuel Pedro González ha sido uno de los mayores estudiosos y teóricos sobre el modernismo martiano, escribe:

El papel de Martí como innovador e iniciador en el movimiento modernista queda acentuado aún más por su empleo de símbolos cromáticos altamente individualistas. La influencia del parnaso y del simbolismo en su cromatología —en enunciado teórico y construcción estilística— es ya patente en 1875. Catacresis, hipálage, sinestesia y bisemia constituyen los recursos principales de que Martí echa mano para más símbolo de color. Como Martí utilizó tan tempranamente formas estilísticas remozadas (1875-1882) —lenguaje simbólico, símbolos cromáticos, formulaciones parnasianas, impresionistas, expresionistas y simbolistas, una prosa rítmica y un verso sencillo y natural en lo externo— es necesario como iniciador del modernismo y no, según opinión de la crítica tradicional, como un precursor.

Pienso, personalmente, que la belleza literaria se aunaba en Martí a la obsesión por desarrollar temas concretos e ideas-fuerza. No buscaba ser creador de estilo o escuela, sino ahondar en la literatura como expresión de vida. Una belleza trascendida por su profundidad visionaria y cosmogónica. ¿De qué temas no escribiría Martí? Viajaba con los libros que leía, y describía situaciones vividas o inventadas con ayuda de sus lecturas. Todo era actual para él, y todo podía ser desarrollado con función creadora y modernista, es decir, transformadora.

Y los temas martianos. Libertad del hombre en la libertad de los pueblos; sentido independentista; prédica constante por la justicia, la ética; la «caridad» martiana: antirracismo, antixenofobia, educación y cultura como factores de progreso y liberación; literatura como viaje al conocimiento.

Y entre las obras, el ya subrayado *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*, uno de los mayores y mejores testimonios de la literatura intimista. De contenida belleza, su alcance agiganta, desde la ética, la figura de Martí hasta una profundidad que no es realmente valorada aún.

En gran parte de su prosa, de sus *Versos sencillos*, en el *Ismaelillo* y *La Edad de Oro*, apreciamos la influencia clásica española. Dos ejemplos poéticos:

De tanto esperar —¡es cierto
que lo espero cada día!—
que acabe al fin la agonía
en el reposo del muerto,
me entran como temporales
de silencio —precursor
de aquel silencio mayor
donde todos son iguales.

...

Dígame de qué ríos
regó este prado,
que era un valle muy negro
y ora es lozano.

La influencia del misticismo español la vio así el cubano Juan Marinello, que durante largos años analizó la escritura martiana:

En cierto modo, el *Ismaelillo* es como la reivindicación moderna de los mejores

recodos de la lírica peninsular. Sus antecedentes y confluencias hay que buscarlos en lo *místico* y lo *popular*, dos expresiones distintas pero igualmente entrañadas en la invención clásica española; la fresca gracia de los *villancicos*, que penetró el genio de Lope y de Góngora, reaparece en esta escala martiana. Y también la pasión trascendente de Santa Teresa y de Fray Luis.

Junto a Santa Teresa, añadimos, San Juan, y la presencia de la muerte manriqueña, muerte que le acompañará desde la infancia, tema dominante entre los temas martianos. El Cristo redentor es un Cristo humano, más real, cercano, literario y filosófico, combatiente: «En la cruz murió el hombre un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días».

Lenguaje que parte, pues, de la tradición hispánica, pero es al mismo tiempo innovador, trabajado con el mismo cuidado y ardor con que el orfebre modela la materia que le sirve para realizar sus trabajos artísticos. Es el producto resultante, final, lo que importa, y para ello no duda en vulnerar, inventar, recrear cuantos barro, hierros, materias, le ofrezca en estado puro la naturaleza. Como no duda en rechazar el academicismo imperante en gran parte de la literatura de su tiempo, huir de una literatura que es producto de una sociedad igualmente estancada, decadente, incapaz de crear, inventar futuro. Martí enriquece su vocabulario con abundantes neologismos, su composición es al tiempo plástica y musical, ordena la escritura en auténtica ritmación orquestal, tiene una potencia creadora que posibilita destacar las ideas dominantes en los momentos justos y precisos para imponernos todo el caudal de su mensaje espiritual y humanístico, para hacernos reflexionar o deleitarnos con la luz, el sonido, el color desprendidos de sus ideas: una visión multidimensional del hombre y su circunstancia: y para ello se vale igual de la frase corta y los conceptos apretados que del derrumbe poético desbordado. Perífrasis, tropos, símiles, símbolos, ideas gestadoras, ideas-semen creadoras de múltiples nuevas imágenes en partogénesis siempre natural y espontánea, delirio verbal y adjetivación esplendorosa, en las que medimos los tiempos, acompañamos al creador en su delirio por describir, subrayar, los estados del alma o el reflejo de la vida que observa. Martí ha sido, además, uno de los mejores creadores de prosa periodística de todos los tiempos, anticipándose sus crónicas a las novelas de Dos Passos, Truman Capote, Upton Sinclair.

La ética martiana

Su lenguaje, como su vida, es su ética. Esta conforma la mayor grandeza y actualidad de Martí, ese hombre que no murió en las postrimerías del

siglo XIX, sino que está creciendo en los prolegómenos del siglo XXI. Porque hablar de política, de compromiso literario, si se quiere ser auténtico, trascender cualquier dependencia de poder o de mercado, es referirse a José Martí.

Podríamos destacar múltiples ejemplos, entresacados de su larga vida apoyada en testimonios escritos; darían lugar a varios volúmenes de sus trabajos: desde sus primeras obras juveniles en los periódicos que él mismo crea cuando estudia en La Habana y es detenido precisamente por la carta ya citada en este trabajo, hasta las páginas de su *Diario de Campaña*. En conferencias, en artículos, en sus versos, en su correspondencia, Martí muestra siempre este carácter de entrega a los demás, de luchar por una tierra libre, una república de todos y para todos.

Unos simples fragmentos tipifican y definen esta actitud, esta postura vital, lineal como quizá no pueda encontrarse en otro personaje de nuestra historia contemporánea.

El 9 de octubre de 1885 escribe en carta a J. A. Lucena:

Ni un solo instante me arrepiento de haber estado con los vencidos desde la terminación de nuestra guerra, y de seguir entre ellos, porque con ellos ha estado hasta ahora no sólo el sentimiento que anima a las grandes empresas, sino la razón que justifica los sacrificios que se hacen para lograrlas. Cuando puedo dar he dado, y he de dar, obrando activamente, ya en lo visible, ya con mi mismo silencio, para obtener en mi país la cesación de un gobierno que lo maltrata y desafia, y sustituirle otro que asegure el decoro y la hacienda de sus hijos; el decoro sobre todo, que vale más que la hacienda. Cuanto puedo hacer he hecho para salvar a mi país de una situación ahogada y odiosa, sin llevarlo con este pretexto a otra que pueda ser aún más temible... Y sin oponerme a los planes de nadie ni levantar yo planes por mí mismo, me he quedado en silencio significando con él que no se debe poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo sino con un espíritu de generosidad casi divina, en que los que se sacrifican por él garanticen de antemano con actos y palabras el explícito intento de poner la tierra que se liberta en manos de sus hijos, en vez de poner, como hacían los malvados, sus propias manos en ella, so capa de libertadora. La independencia de un pueblo consiste en el respeto que los poderes públicos demuestran a cada uno de sus hijos... Tan ultrajados hemos vivido los cubanos, que en mí es locura el deseo, y roca la determinación, de ver guiadas las cosas de mi tierra de manera que se respete como a persona sagrada la persona de cada cubano, y se reconozca que en las cosas del país no hay más voluntad que la que exprese el país, ni ha de pensarse en más interés que en el suyo.

Y el 16 de marzo de 1895, dos meses antes de morir, en carta a Tomás Estrada Palma:

Yo creo que, al fin, podré poner el pie en Cuba, como un verdadero preso. Y de ella se me echará, sin darme ocasión a componer una forma viable de gobierno ni a ajustar, como hubiera sido mi oficio, las diferencias ya visibles entre los que no entienden que para defender la libertad se debe comenzar abdicando de ella —y los que a la misma libertad entregan y vuelven la espalda, si no les viene en beneficio propio.

De mí, ya le digo, voy preso, y seguro de mi inmediato destierro: y también de la utilidad para mi patria de este martirio.

Y por último, 1 de abril del mismo año, y en carta al mismo destinatario:

... No habrá dolor, humillación, mortificación, contrariedad, crueldad, que yo no acepte en servicio de mi patria. Tal vez fuera nulo mi empeño de hacer entender plenamente a los hombres la absoluta consagración de un ser humano al bien ajeno, con desistimiento voluntario de todas las tentaciones o ambiciones que afean o desvían usualmente la mayor virtud: pero es mi consagración.

Y en sus versos, los versos que en sus exilios compone, que alivian el dolor de la soledad o la angustia de sus premoniciones.

Ismaelillo. Dedicatoria:

Hijo: espantado de todo, me refugio en ti. Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Versos sencillos. Fragmentos de la introducción:

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fue aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos... Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar al plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores... Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

Y los *Versos libres*. En un apunte a lápiz del manuscrito, puede leerse:

A los 25 años de mi vida escribí estos versos: hoy tengo cuarenta: se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética.

Y en la introducción, que titula «Mis versos»:

Éstos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos, también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas —mis guerreros. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos, y la sangre sale a borbotones de la herida... Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre.

Hoy, la ética martiana, en momentos en que el pensamiento zozobra en los estertores de un siglo que da la espalda a los valores morales, que se cuestiona incluso, por el egoísmo de quienes se erigen en sus responsables políticos e incluso científicos, el propio futuro de la humanidad —el progreso no se sitúa en función del interés de la humanidad, sino de los beneficios de quienes la controlan— tiene más validez que nunca, alumbrada, desde la agonía del siglo XIX, los albores del siglo XXI. Aquel hombre mordido de dudas y soledades, era no sólo precursor de independencias de conciencias y de pueblos: era el grito desgarrado del escritor que antepone la moral al interés, el amor al egoísmo, la belleza al mercado. Un hombre universal. Un tan fabuloso escritor como ser humano.

Andrés Sorel



Tres retratos de Martí,
por Bernardo Figueredo
Antúnez (1892/93)